

lo cual era un principio feliz de campaña. Después se proponía obrar á tenor de los sucesos, teniendo bastante sangre fría para esperarlos sin turbarse, y bastante presencia de ánimo para aprovecharlos á tiempo.

Aunque mal servido por sus espías el mariscal Marmont, que estaba alerta, conoció muy pronto la aproximación de los ingleses, y se puso en apatitud de no ser sorprendido. Habiendo tenido espacio para juntar cuatro ó cinco divisiones, gracias á la vuelta de la división de Foy, pudo formar una reunión respetable y capaz de imponer extrema reserva al enemigo. Sino tenia bajo la mano á todo su ejército delante de Salamanca, efecto era de que necesitaba ocupar muchos puntos, y tambien de haberse visto obligado á esparcir sus tropas sobre un radio de mas de treinta leguas para vivir en un país arruinado. Por lo demás, habiéndose aprovechado de las lecciones administrativas de Napoleon, de quien fué ayudante de campo, empleó el invierno en cuidar á sus hombres, en reparar su material de artillería, en recomponer cuanto pudo los tiros de caballos, y en dejar sus puestos en buen estado de defensa. A falta de grandes almacenes, y en la imposibilidad de crearlos, formó cerca de cada división un pequeño depósito de galleta, que le permitia maniobrar durante quince días, sin que les inspirara zozobra la subsistencia de sus soldados. Transformado habia en ciudadelas tres conventos que dominaban á Salamanca á la par que el paso del Tormes. Allí habia puesto una guarnición de mil hombres, y se podia alejar sin miedo de que se estableciera en la ciudad el enemigo. Por donde quiera escaló-

naban puestos bien ocupados la línea del Duero, que se extiende detrás de Salamanca, y que con el Esla, afluente suyo, cubria á la vez el reino de Leon y Castilla la Vieja. Toro, Zamora, Benavente, Astorga, prometian cierta resistencia, y ante un adversario circunspecto, operando prudentemente, cabia en lo posible mantener algun tiempo la campaña sin verse arrastrado á una acción decisiva.

Después de tomar las citadas disposiciones, levantó el mariscal Marmont su campo de Salamanca, dejó entregada la ciudad á sí propia, y fué á acampar á alguna distancia, para tener espacio de juntar sus divisiones y de observar los movimientos del enemigo. Sino se apresuró á refugiarse detrás del Duero, fué porque tenia el Tormes para cubrirse, y porque además queria permanecer á la vista de Salamanca, para alentar á la corta guarnición establecida en los tres conventos fortificados.

Lord Wellington apareció el 16 de junio delante de Salamanca. Recibido por los moradores con una alegría, que siempre estallaba después de la partida de los franceses y antes de la llegada de los ingleses, dedicó un día ó dos á la reflexión y al placer de haber así adquirido los honores de la ofensiva sin correr sus peligros. Le pedian los habitantes que les libertara de los tres conventos fortificados que dominaban la ciudad y podian tornar á abrir sus puertas á los franceses. Examinados de cerca estos tres conventos, vióse que al parecer exigian un ataque en regla. Diez ó quince días resolvió lord Wellington dedicar á su toma, sin pensarle, pues no estaba dispuesto á precipitar sus movimientos en una comarca, donde cada paso ha-

cia adelante, podia ser dado hácia un abismo. Algunas piezas de artilleria habia llevado consigo mal municionadas. Con estos medios comenzó el ataque de los tres conventos, y envió á buscar á Ciudad Rodrigo el material de que carecia.

Véase la posicion de los tres conventos, de cuya toma se trataba. Enorme edificio cuadrado, semejante á una fortaleza, el principal, el mas vasto, el de San Vicente, habia sido almenado, horadado con troneras, y circuido de escombros en forma de glasis. Por un lado dominaba al Tormes, que corre al pie de Salamanca, y por otro á la ciudad misma. Situados algo mas abajo y hácia la poblacion los otros dos conventos de la Merced y de San Cayetano, ofrecian un segundo piso de fuegos en su contra y aseguraban su posesion del todo.

Por fuera de la ciudad abrió lord Wellington la trinchera delante del convento de San Vicente. De rebato quiso apoderarse de los conventos de San Cayetano y de la Merced, y ordenó el asalto. Pero auxiliadas por el fuego dominante de San Vicente las tropas que guardaban estos dos puestos, rechazaron briosamente á los ingleses y les mataron muchos centenares de hombres. Entonces lord Wellington tomó el partido de esperar el material de grueso calibre, que debia venir de Ciudad Rodrigo. La vista del ejército francés, reunido á algunas leguas de distancia y en una posicion excelente, sostenia el valor de nuestras cortas guarniciones y prolongaba su resistencia.

Finalmente, habiendo llegado la artilleria de grueso calibre en los dias 26 y 27 de junio, lord Wellington hizo batir en brecha. Valerosamente se defendieron los tres conventos y lanzaron un fue-

go violento contra el enemigo. Pero, habiendo sido incendiado por las bombas el principal, el de San Vicente, ya fué imposible mantenerse alli por mas tiempo, y el 28 hubo necesidad de rendir aquellas ciudadelas improvisadas, por cuyo medio creyóse poder conservar á Salamanca, ó asegurarse cuando menos el recurso de volver á penetrar en su recinto. Alli perdimos unos mil hombres fuera de combate ó prisioneros; mas casi igual número perdieron los ingleses, y ganamos doce dias, retardo precioso para nosotros, y de consiguiente funesto para nuestros contrarios. Sin duda conviene reflexionar antes de esparcir sus fuerzas en cortas guarniciones destinadas á rendirse una tras otra; pero no hay por qué apesadumbrarse cuando tanta gente cuestan al enemigo y hacen ganar algun tiempo.

Hasta ahora las operaciones del mariscal Marmont eran todo lo que podian ser en suma, bien que, tomada ya Salamanca, no era cuerdo que se mantuviera tan cerca de los ingleses, asi pasó el Duero por Tordesillas, determinado á defender aquella línea con pertinacia. Por lo demás la circunspeccion de los ingleses no infundia temores de que se arrojaran á una ofensiva muy impetuosa. Lord Wellington siguió al ejército de Portugal y fué á bordear el curso del Duero, que, aun no presentándose en la estacion aquella muy caudaloso, solo era vadeable por corto número de puntos. Segun hemos expresado, á las márgenes de este rio se hallaban establecidos buenos puestos, tales como en Tordesillas, Toro, Zamora, y hasta en Benavente y Astorga, considerando el Esla y el Orbigo como una prolongacion de la línea del Due-

ro. Especialmente Astorga, además de tener buenas obras, que habian resistido ora á los franceses, ora á los españoles, abrigaba una guarnicion de mil quinientos soldados resueltísimos á defenderse, y que, dando un fuerte apoyo á nuestra derecha, debia de molestar mucho á la izquierda de los contrarios. Llegado lord Wellington el 1.º de julio al Duero, se detuvo alli para dar lugar á que el ejército español de Galicia se apoderase de Astorga. En su concepto empleaba así quince ó veinte dias mas provechosamente, sin empeñarse demasiado pronto en esta atrevida campaña emprendida á espaldas de los franceses; pero tambien hay que reconocer que les proporcionaba tiempo de reunirse para abrumarle. Efectivamente, ciegos tenian que estar por extrañas pasiones para no invertir este plazo en juntar setenta mil hombres contra los ingleses. Por tanto, manteniéndose lord Wellington á lo largo del Duero, no cesaba de dirigir las mas vivas instancias, de un lado al ejército anglo-siciliano, para que ocupase al mariscal Suchet del todo, y de otro á las fuerzas navales inglesas de crucero en el golfo de Vizcaya, para que hicieran temer al general Caffarelli un gran desembarco en las costas de Asturias.

Entretanto el mariscal Marmont, establecido detrás del Duero, se habia ocupado en concentrar las ocho divisiones de que el ejército de Portugal constaba. Despues de haber recuperado la primera de estas divisiones, la del general Foy, le faltaba recuperar la octava, la del general Bonnet, compuesta de buenas y numerosas tropas, superiormente mandada, y confinada á espaldas de Asturias, para batallar alli contra las bandas de Porlier

y contra los ingleses. Sin duda las Asturias valian la pena de ser conservadas, segun las órdenes de Napoleon antes de partir hácia Rusia, pero nada eran en comparacion del objeto que ocupaba enteramente al mariscal Marmont en este instante. Así no vaciló en expedir á la octava division la orden de evacuar las Asturias; orden que halló al general Bonnet en camino, porque, alcanzándosele á este oficial, tan inteligente como intrépido, lo que no se les alcanzaba á tantos otros de graduacion mas elevada, juzgó accesorio todo interés ante la necesidad de rechazar á los ingleses. Descontando cuanto se pierde ó se deja atrás en una rápida retirada, llevaba el general Bonnet seis mil hombres, excelentes por su valor propio, excelentes por tener á su cabeza á tal caudillo. Esta incorporacion inspiró al mariscal Marmont mucha confianza, pues elevaba á treinta y seis ó treinta y siete mil hombres su infanteria. Caballerta era lo que le faltaba, habiéndose agotado en correr los caminos para purgarlos de guerrilleros. Estrechado el mariscal Marmont á remontarla, dispuso echar mano de cuantos caballos de silla hubiese en la comarca, y juntó unos mil de calidad muy buena, con lo que hizo subir el total de su caballería á tres mil ginetes bien montados y vigorosos. Con su artilleria bien servida y compuesta de unas cien bocas de fuego, contaba cerca de cuarenta y dos mil soldados, que, reforzados solo por diez mil hombres, vinieran á ser muy superiores á los ingleses, y tales como eran sin este refuerzo, les pudieran hacer cara, si les guiaba con un poco de prudencia y de fortuna.

Por el mariscal Marmont no estaban mal man-

dadas, pero no lo estaban de un modo seguro. Este caudillo, dotado de suficiencia, de instruccion, de bravura y del talento de mantener bien sus tropas, se hallaba adornado de algunas de las cualidades del general en jefe, aunque distaba de poseerlas todas. A pesar de ser disipado en sus gustos, pensaba en lo que habia que hacer con determinimiento, combinaba mucho, quizá demasiado, pues en materias de accion vale mas la exactitud de las ideas que su abundancia. Efectivamente, la abundancia de ideas deslumbra en vez de ilustrar, cuando no la acompaña un juicio firme y expedito. Además, á este mariscal no se le reputaba por afortunado. ¿Es vana supersticion de los hombres ó realidad, esa cualidad incalificable, denominada fortuna? ¿Es un favor de la suerte caprichosa, dando á uno para negar á otro esas circunstancias de frio, de calor, de lluvia, de sol, de llegadas imprevistas, que á menudo hacen que salgan bien combinaciones mediocres ó que se frustren combinaciones hábiles hasta lo sumo? ¿O acaso no es mas que un conjunto bien proporcionado de cualidades que, aun sin facultades superiores inspira aquellas determinaciones sencillas y fuertes, que salvan los ejércitos y los imperios? Sea lo que fuere, el mariscal Marmont en su carrera no pasó por afortunado, y es lo singular que nadie le excedia en confianza, ora porque en su persona supliese el valor á la fortuna, ora porque ignorase su destino, que á la sazón no se habia revelado del todo. Tal era el general del ejército francés en este momento, y si se pudiera penetrar lo futuro, se experimentara honda zozobra al verle delante de un general reposado, sólido, de consumada pru-

dencia, y cuya fortuna, ora fuese capricho de la suerte, ora talento, jamás se habia desmentido.

¿Debia de permanecer inmóvil el mariscal Marmont abrigado detrás del Duero? Sin duda valiera mas aguardar la iniciativa del contrario, disputarle el paso del Duero todo lo posible, y luego replegarse metódicamente sobre el ejército del Norte, que, de grado ó por fuerza, acabara por unirle al ver al enemigo dentro de su casa. Pero jóven y vanidoso, ignoraba las miras de la suerte, se hallaba á la cabeza de un ejército de bizarría experimentada, sobre el cual no habian adquirido ascendiente alguno los ingleses, y que retrocedia á despecho, y acababa de recibir noticias que reducian á la nada las esperanzas de socorro. Por una parte el general Caffarelli, despues de anunciarle un refuerzo de diez mil hombres, le enviaba á decir que entre Santander y San Sebastian habian aparecido las escuadras inglesas, amenazando con un próximo desembarco, y en definitiva nada le hablaba del refuerzo prometido. Ahora bien, si conviene esperar con reserva del que promete, mas razón hay para no esperar del que no se halla en este caso, ó del que, despues de haber prometido, ya cesa de hacerlo. Al par, escribiéndole con fecha de 30 de junio el rey José una carta, llegada al cuartel general del ejército de Portugal el 12 de julio, le participaba sus esfuerzos por atraer á los ejércitos del Norte y de Andalucía en su auxilio, sin que le disimulase la poca probabilidad de salir airoso. Para colmo de desventura, ora por no estar prevenido, ora por no creer llegado el instante, no le decia el monarca, si podria privarse en su favor de un destacamento del ejército del centro. Asi e

mariscal Marmont se podia considerar como totalmente abandonado. De seguro, si contara con diez ó doce mil hombres del ejército del centro, aguardara este socorro antes de emprender cosa alguna, pues se prefriere compartir el honor de una victoria á exponerse á cargar solo con el peso de un descalabro. Relativamente al ejército de Andalucía, que pudiera y debiera venir en su ayuda, aun cuando no fuera mas que á título de agradecimiento, nada esperaba absolutamente, y las últimas cartas de José llegaron á completar una conviccion que de muy atras habia formado. De que no se engañaban testimonio los hechos ulteriores.

Reducido á sus solas fuerzas, comparando su ejército al de lord Wellington, que no le excedia en número si solo se contaban los ingleses, haciendo memoria de que las batallas ganadas por estos emanaron del error de atacarles en posiciones, donde la manera de combatir les hacia invencibles, discurrió que con tropas muy aguerridas, podria maniobrar en torno de ellos sin comprometerse, hacerles abandonar la línea del Duero, y llevarles á la frontera de Portugal sin dar batalla; y que tambien acaso, mientras se aspiraba á situarse sobre su línea de comunicaciones para obligarles á desandar camino, se podria ocupar una de aquellas posiciones defensivas, donde las ventajas, que siempre se les habian dejado, se hallaran ahora de nuestra parte. Muy de otro modo terribles serian los franceses, que tan perfectamente escalaban posiciones casi inaccesibles, como las de Talavera y Busaco. Si en lugar de tener que tomarlas, se les fiaba el cuidado de defenderlas, y mucho menos venturosos los ingleses, si en lugar

de tener que defenderlas, se veian obligados á atacarlas. Entonces fuera casi segura la victoria. No era, pues, temerario el designio de maniobrar en torno de los ingleses, ni de pensar en disputarles el terreno, en el caso de hallar una buena posicion defensiva. A todas las razones para operar de este modo se agregaba otra de gran peso. Los españoles del ejército de Galicia asediaban á Astorga, que solo tenia viveres para dos semanas. ¿Habia posibilidad de alejarse del ejército inglés para ir á abastecer esta plaza? Si esto no se podia ejecutar sin peligro, ¿no iban á ser cogidos los franceses por la derecha de resultas de la pérdida de Astorga, y condenado de consiguiente á una retirada indefinida?

Tales fueron las ideas con que el mariscal Marmont salió del asilo que habia hallado detrás del Duero. Ante todo trató de repararlo delante de los ingleses, y lo hizo con bastante arte y fortuna. De tal manera estaban configuradas las márgenes del Duero, que se descubrian los movimientos de los dos ejércitos de una á otra. Por su derecha simuló el mariscal Marmont que hacia bajar columnas de tropas hácia Toro, y mientras daba á esta demostracion la mayor verosimilitud posible, preparaba sobre su izquierda en las inmediaciones de Tordesillas los medios de cruzar de veras el Duero sobre muchos puentes de caballetes. Con efecto, en la noche del 16 al 17 de julio, al par que su derecha prolongada simulaba el proyecto de paso del rio hácia Toro, lo operaba positivo su izquierda mas arriba de Tordesillas, y detrás ejecutábalo tambien su centro. Aprovechándose á otro dia de la sorpresa y confusion de los ingleses, atraía á

su derecha, y se hallaba con sus cuarenta y dos mil hombres intactos del todo, confiados y provistos de viveres, mas allá del Duero, y con todas las apariencias de designios alarmantes para el ejército británico.

Lord Wellington no tenia mas deseos que el mariscal Marmont de venir á batalla, pero estaba resueltísimo á no dejarse cortar de Ciudad Rodrigo, donde tenia sus municiones de boca y guerra, y una buena puerta para entrar en Portugal de nuevo. De consiguiente apresuróse á levantar su campo y á retroceder hácia Salamanca, por el camino que habia traído, y así el mariscal Marmont realizó su proyecto de obligarle á que retrogradara.

Yendo hácia Salamanca, se encuentran diversos afluentes del Duero, ante todo el Guarena y despues el Tormes, sobre el cual se halla aquella ciudad asentada. Todos estos escalones habia que disputar al retirarse. Con prudencia y lentitud replegóse lord Wellington de uno á otro. A orillas del Guarena, el general Clausel, joven lugarteniente, que ya revelaba insignes talentos militares, se apresuró demasiado á cruzarlo, y se expuso á ser repelido; pero fué una pérdida sin importancia, y el 19 pernoctóse á lo largo de este riachuelo arrojando los unos la artillería de los otros por ir á saciar la sed en las aguas, á causa de ser el calor sofocante.

Remontando el Guarena durante la noche el mariscal Marmont por su izquierda, cruzólo por un punto donde no era mas que un torrente insignificante, y se halló de súbito delante de los ingleses, sorprendidos de no separarles ningun obstaculo de nosotros. A lo largo de una meseta

bastante extensa, marchaban en columna cerrada á buen paso, con aplomo y cubiertos por su caballería y su artillería ligeras. Nuestro ejército se mantenía á su altura, avanzando por otra meseta paralela á la de ellos, acreditando no menos aplomo, mucho mas desembarazo, y una confianza de que se dejaba embriagar el mismo general en gefe. Yendo á lo largo del borde de nuestra meseta al galope la artillería ligera, se paraba de vez en cuando para cañonear á los ingleses, y acto continuo se volvía á poner en movimiento para seguirlos. Ambas posiciones desembocaban en una aldea, adonde naturalmente cada hueste se esforzaba en ganar por la mano á la otra. Nuestras tropas llegaron allí antes, expulsaron á algunos exploradores, y tuvieron el placer de cañonear desde aquel punto al ejército enemigo, que desfilaba bajo nuestro fuego y á buen alcance. A nadie perdimos y matamos á algunos ingleses. Desde el paso del Duero habíamos cogido unos mil hombres entre heridos y rezagados. En la tarde del 20 repasaron los ingleses el Tormes, y nosotros pernoctamos á sus orillas.

A legua y media mas arriba de Salamanca cruzamos este rio el 21, y fuimos á establecernos en frente de las alturas denominadas los Arapiles, sobre las cuales habian tomado posicion los ingleses, y donde no era fácil acometerlos. Sin duda el mariscal Marmont estaba envanecido algo de sobra de sus primeras ventajas y de las marchas que en presencia de lord Wellington habia ejecutado: no obstante, se hallaba resuelto á no cometer imprudencias y á no renovar las faltas de sus antecesores, yendo á atacar inoportunamente á los in-

ingleses en lugares donde ninguna probabilidad habia de arrancarles el triunfo. Acampó en frente de ellos, despues de ocupar tambien por su parte una posicion bastante ventajosa, separada por un valle de la del enemigo, apoyándose á la derecha en la aldea de Calvarosa de Arriba y á la izquierda en bosques de que tuvo cuidado de apoderarse. Nada tenia que temer de consiguiente y dormia tranquilo con sus soldados, sin otro pensamiento que el de continuar un sistema de maniobras que tan á maravilla le habia salido hasta entonces.

Muy de mañana montó el mariscal Marmont á caballo el 22 de julio para juzgar de los designios del enemigo y ajustar á ellos los suyos. Todo estaba en reposo por ambos lados, y nada anunciaba por el de Wellington ningun proyecto, á no ser quizá el de rectificar su posicion y enlazarse algo mas estrechamente á Salamanca y al camino de Ciudad Rodrigo. Nos separaba de los ingleses y hácia la posicion de los dos ejércitos igualmente segura, un valle poco hondo y bastante extendido, que iba á desembocar en el Tormes cerca de Salamanca. De quicio servia á nuestra derecha la aldea de Calvarosa de Arriba, ocupada por la division de Foy. Nuestro centro y nuestra izquierda se apoyaban en bosques. De esta suerte se podia aguardar de una parte y de otra, sin causarse el daño mas leve, no queriendo combatir ninguno de los dos adversarios mas que á golpe seguro. Con todo, fiando el mariscal Marmont relativamente á maniobras en la habilidad de su ejército y en la suya, ideó un movimiento por su izquierda, cuyo objeto se reducía á rebasar algo la derecha de los ingleses, amenazar de resultas sus comunicaciones con

Ciudad Rodrigo, y cuando levantaran el campo, ora para aproximarse á Salamanca, ora para volver á ganar el camino de Ciudad Rodrigo, atacar su retaguardia y cogerle una porcion de ella. Esto era hacedero, bien que harto ambicioso, y con las disposiciones de lord Wellington, que era fácil conjeturar sin conocerlas, y consistian en volver á Ciudad Rodrigo lo mas pronto posible, mas valiera que le *pusiera puente de plata* que arriesgar movimientos que, sin desearlo, pudieran comprometer á una batalla.

Por lo demás, con mucha prudencia en la ejecucion, cabia en lo posible operar estos movimientos sin consecuencias demasiado fatales. Dejando, pues, su derecha á las órdenes del general Foy en la aldea de Calvarosa de Arriba, y añadiéndole la division del general Ferey, para que fuese todavía mas fuerte, hizo el mariscal Marmont desfilar detrás de este apoyo á su centro y su izquierda á lo largo de los bosques á que estaba adherido, y siguiendo siempre el borde de las alturas que habia ocupado. Entre los ingleses y nosotros, hácia nuestra derecha, se elevaban dos cumbres tristemente famosas, denominadas los Arapiles. De ellas, la mas próxima á nosotros, era tambien la de mayor altura, y desde su cima se podia cañonear con ventaja la mas pequeña, sobre la cual habian tomado posicion los ingleses. Creyóse, pues, útil apoderarse del gran Arapil, como perteneciente á nuestra posicion y adecuado á consolidar el establecimiento de nuestra derecha. Encargada de esta operacion la bizarra division de Bonnet expulsó de allí á algunas tropas ligeras enemigas sin mucho esfuerzo, y asentó una fuerte

batería. Era una especie de quicio perfectamente sólido, en cuyo rededor se puso á girar para efectuar la maniobra proyectada. Al par avanzó el mariscal Marmont con sus otras divisiones llevando la izquierda á la cabeza, desfilando por delante de los ingleses, y dejando siempre entre ellos y nosotros el valle que nos separaba. La division de Thomières, que formaba su extrema izquierda, se adelantó un poco en flecha para amenazar la derecha de los ingleses; las divisiones de Sarrut y de Maucune se situaron en el centro, la division de Clausel de reserva, y detrás la de Brenier hácia los bagages y el parque de artillería. Con orden se ejecutaron estos movimientos y á bastante distancia del enemigo, excepto el que nos puso en posesion del gran Arapil, y por de pronto pareció que no debian arrastrarnos á ninguna consecuencia seria.

Mientras el mariscal Marmont operaba de este modo, lord Wellington, que presenciaba esta maniobra, dirigida evidentemente contra sus comunicaciones, al punto abrazó su partido y dispuso una maniobra semejante del todo y reducida á avanzar su derecha tanto como avanzáramos nuestra izquierda, y á estar siempre en aptitud de levantar el campo cuando quisiera, sin hallarnos en su camino. Asi, dejando inmóvil su izquierda delante de nuestra derecha tambien inmóvil, y reforzándola mucho, pues la compuso de la division ligera á las órdenes del general Carlos Alton, de la primera division bajo el mando del general Campbell y de una gruesa masa de caballería, llevó su centro en frente del nuestro, entre el pequeño Arapil y la aldea llamada los Arapiles,

siempre al borde de las alturas opuestas á las ocupadas por nosotros. Este centro se formaba de cuatro divisiones inglesas, es, decir, de mas de veinte mil hombres de excelente infantería. En primera linea, y hácia el pequeño Arapil, estaban la cuarta division á las órdenes del general Cole, la quinta á las del general Leith; en segunda la sexta á las del general Clinton, y la sétima á las del general Hope. Lord Wellington llevó su derecha á la aldea de las Torres en frente de nuestra izquierda, y la compuso de la brigada portuguesa de Bradford y de la division española á las órdenes de don Carlos España. Le agregó la tercera division, mandada por Picton antes, retirada de las orillas del Tormes, y el resto de sus tropas de á caballo, porque declinando hácia aquel punto rápidamente el terreno se prestaba del todo á las maniobras de la caballería.

Con estas providencias apercibióse el caudillo inglés de sobra contra las disposiciones de su adversario, sin comprometerse á una batalla, pues persistia en no quererla. Ya era medio dia, y se empleara hasta la noche en maniobras semejantes, sin grandes pérdidas de una parte ni de otra, y verosímilmente emprendiera lord Wellington la retirada en direccion de Ciudad Rodrigo, entregándonos á Salamanca sin combate, cuando el mariscal Marmont á impulsos de una fatal impaciencia, no de combatir, sino de maniobrar, quiso coger la retaguardia de su enemigo, creyéndole próximo á levantar el campo. Con este fin llevó su izquierda todavia mas adelante, componiéndola la division de Thomières, segun se ha dicho, y tan adelante, que empezó á bajar las alturas por frente



de la tercera division inglesa, destinada con una gran masa de caballería á obstruirla el paso. Su centro, compuesto de las divisiones de Sarrut y de Maucune, llevólo todavia mas cerca del linde del valle que nos separaba de los ingleses, hizo que el general Clausel apoyara á estas dos divisiones, aproximó la de Brenier, sin prescribir á ninguna que acometiera á los ingleses, pues, como ya se ha dicho, su intencion no era otra que caer sobre su retaguardia cuando emprendieran la retirada. Pero para ejecutar semejantes movimientos tan cerca del enemigo, se necesitan á la vez una destreza y una autoridad que aseguren la ejecucion puntual de cuanto se ordena. Por desgracia el mariscal Marmont no poseia estas dos ventajas en grado suficiente para mostrarse tan atrevido delante de un adversario como lord Wellington. El general Maucune, gefe de la division del centro mas avanzada hácia la izquierda, era un militar de experimentada bravura y de extrema osadia sobre el campo de batalla. Creyendo en plena retirada á los ingleses, discurrió que habia llegado la hora de echárseles encima. En consecuencia hizo pedir la órden de ataque, y sin aguardarla, se llevó por delante á los tiradores enemigos, obligólos á replegarse, bajó al espacio que separaba las dos huestes, y empeñóse contra las divisiones de Cole y de Leith, que formaban el centro de los ingleses. Al ver esto lord Wellington, decidido á la retirada, mas de ningun modo á la fuga, admitió la batalla que se le presentaba segun to las apariencias, y dispuso que su centro recibiera y rechazara el ataque del nuestro.

Mientras el general Maucune incurria en teme-

ridad semejante, á la izquierda el general Thomières, siguiendo el avance en punta, bajaba tambien al llano sin apoyo de ninguna especie, y se exponia á encontrar de frente á la division de infantería de Picton, y sobre los flancos á una espesa nube de caballería. De esta suerte mezcláronse por todas partes, y sobre el frente entero de los dos ejércitos se vino á las manos, sin quererlo ninguno de los dos generales en gefe.

Por desdicha la division del general Clausel, numerosa y superiormente mandada, se hallaba muy atrás aun y no en aptitud de suministrar el apoyo que necesitaban nuestras dos divisiones imprudentemente comprometidas.

Al echar de ver con su anteojo el mariscal Marmont desde el grande Arapil donde se habia quedado para dirigir estos diversos movimientos, las faltas cometidas, volvió á montar precipitadamente á caballo, para ir en persona á contener la impaciencia de sus lugartenientes. Mas apenas estaba sobre la silla, recibió una bomba, que leextropeó el brazo y le abrió el costado. ¡Aqui si que se podia creer en la fortuna, y sobre todo en la fortuna adversa! Anegado cayó el infeliz general en su sangre, y solo tuvo tiempo de designar al general Bonnet, como el mas antiguo entre los gefes de sus divisiones, para que le reemplazara en el mando. Su herida era tan grave, que no se sabia si su muerte estaria cercana. Mientras se iba en busca del general Bonnet á la derecha, hácia los Arapiles, la batalla comenzada proseguia furiosa sin general en gefe por nuestra parte. Vivamente empujó el general Maucune á los ingleses y arrinconólos en la aldea de los Arapiles, soste-

niéndole el general Sarrut. Pero tenían enfrente cuatro divisiones enemigas, que, además de ser cuatro contra dos, eran individualmente más fuertes que las nuestras. Después de avanzar victoriosamente al principio, vióse obligado el general Maucune á replegarse, acribillado por los formidables fuegos de los ingleses. Otra vez los forzó á ciar el general Clausel, ocupando el puesto que el general Maucune había evacuado. Presente el mariscal Beresford en este punto del campo de batalla, ordenó entonces á su segunda línea formarse en horca sobre la primera, de modo de coger á la division de Clausel de flanco. Al mismo tiempo lord Wellington hizo atacar hácia su izquierda el grande Arapil á los portugueses del general Pakenhan, y hácia su derecha lanzó sobre la division de Thomières, bajada imprudentemente á la llanura, además de la infantería de la division de Picton, toda la masa de su caballería. A pesar de estos redoblados esfuerzos del enemigo, nuestro ejército se mantuvo y conservó su terreno. Aun estando privada la division de Bonnet de su general, por haber ido hácia el centro á tomar el mando, contuvo á los portugueses del general Pakenhan. Ochocientos hombres les mató el regimiento 420.º y quedó dueño del grande Arapil. Con vigor sostuvo el general Clausel el ataque de frente de la division de Clinton, pero sufrió cruelmente por consecuencia de los fuegos de flanco de la division de Leith. Tan de cerca se combatía por una parte y otra, que fueron heridos los generales. De los nuestros se contaron los generales Bonnet y Clausel de gravedad suma. De los ingleses el mariscal Beresford y los generales Cole y Leith recibieron

heridas mas ó menos peligrosas. No era menos violento el combate á nuestra izquierda y á la derecha de los ingleses. Asaltada fué la division de Thomières en medio de la llanura por la caballería enemiga, perdió á su gefe, muerto sobre el campo de batalla, y replegóse desordenadamente. En su ayuda fué la division de Brenier, si bien fué arrastrada por el movimiento retrógrado, y salió muy maltratado el valeroso regimiento 22.º por su empeño de mantenerse firme. El general Clausel, que acaba de reemplazar al general Bonnet en el mando, y que también herido no abandonó el campo de batalla, juzgó conveniente salir de aquella refriega y no aventurarlo todo por quererle obstinar mas tiempo. Así ordenó la retirada y dirigióla con gran presencia de ánimo hácia la meseta que no debiéramos abandonar nunca. Allí atrajo á la division de Ferey, dejada detrás de la de Foy á la extrema derecha, y á la de Sarrut, menos empeñada que las otras divisiones del centro. Detrás de este sólido apoyo se juntaron sucesivamente las divisiones de Thomières y de Brenier, comprometidas á distancia hácia nuestra izquierda, y las de Maucune y Clausel, violentamente empeñadas hácia el centro. La division de Bonnet, que, situada en el grande Arapil, había cubierto la falda de aquella altura de cadáveres enemigos, se replegó asimismo con un orden imponente. Entonces los ingleses probaron á trepar á su turno las cumbres, sobre las cuales acabábamos de replegarnos; pero todos sus esfuerzos se estrellaron ante las divisiones de Sarrut y Ferey. Por desgracia éste, gefe de la tercera division, fué herido de muerte. Habiendo cesado al cabo de insistir los ingleses, nuestras divisio-